

## Neruda canta a Colombia

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Con el otorgamiento del Premio Nobel 1971 a Pablo Neruda, la Academia Sueca saldó una deuda con la poesía. El tan llevado y traído galardón —concedido más de una vez en forma bien caprichosa— no siempre ha tenido la fortuna de recaer en cabeza de quien mejor lo merece. No pocos han sido los ilustres desconocidos que de pronto han surgido a los primeros planos literarios por obra del veleidoso Premio nórdico. Por eso los latinoamericanos no nos alcanzábamos a explicar que mientras se concedía, por ejemplo, a poetas provincianos —y lo es quien apenas es conocido a nivel nacional— como Salvatore Quasimodo y Jorgos Sefliades, se ignorara para tal efecto la cimera obra del primer poeta de América. Y de quien es quizá, además, el más grande poeta viviente del mundo actual, como lo atestigua su insomne y válida presencia en los más altos y variados territorios poéticos, habitados por él lírica y épicamente al tiempo. Es decir, desde muy dentro de sí mismo o volcado hacia el amable o duro dintorno de cosas, hombres, hechos y situaciones que han constituido la objetividad —paisaje o combate— primordial de su vida.

El Nobel de Literatura concedido a Neruda no fue solo un triunfo de la poesía castellana —tanto o más que cuando fue adjudicado a Juan Ramón Jiménez—, de este lado del Atlántico, sino de Chile y de Hispanoamérica toda. El país de “la loca geografía” ha poseído el privilegio de tener poetas universales en este siglo, que han obtenido así fácil —como en el caso de Gabriela Mistral— o difícil acceso, como en el de Neruda, al elevado reino de mediocridades académicas que cada año escogen al agraciado por el jugoso premio. Desde hacía diez años, cada

mes de octubre, los admiradores del poeta de Temuco teníamos que dar paso a la desilusión cuando no era el suyo el nombre favorecido. Mas ahora, cuando al fin el Nobel se ha dignificado asumiéndolo a la larga e irregular lista de sus destinatarios, nuestra alegría poética no ha tenido par. No solo porque de por sí significa Pablo Neruda para la lírica y las letras hispanoamericanas, no únicamente por cuanto representa como excepcional valor humano, sino por la afectuosa y especial conexión que él ha tenido siempre con nuestra patria colombiana. Y que lo ha llevado a cantar su historia y sus cosas de un modo solo comparable al que ha empleado para todo lo referente a su nativo Chile.

Es lo que puede apreciarse en su “Canto General”, el libro con el cual ha logrado no solo una de las más señaladas obras líricas de nuestro tiempo, sino la expresión más cabal de hasta dónde puede llegar el fervor por la tierra y el hombre americanos en un corazón tenso y colmado de poesía. De una poesía que resulta así telúrica y humana al tiempo, en la cual los minerales primarios, los ríos y criaturas elementales acuden al llamado, a la casi épica convocatoria del poeta-demiurgo. Ligados al destino y al dolor del hombre de hoy, tan infortunado y tal vez más entristecido que aquel que principiara a declinar con el alba colombiana. Este hombre actual del nitrato, del estaño, del petróleo, del cobre y del carbón, que esconde su desesperanza y su miseria en las oquedades de todos los socavones de América.

Este fervor americano, tan visible en todo el “Canto General”, se traduce sobre todo en ese “Amor América” que el poeta manifiesta no solo en el poema de ese título, sino a lo largo y ancho de este inventario lírico de un continente, en esta enumeración de los nombres de América que así acomete y que estalla soberanamente en ese gran coral que es el canto a “Machu Picchu”. Porque América es en este libro el punto central de la poesía nerudiana. El algo que sintetiza muy cabalmente el poema XVII de “América, no invoco tu nombre en vano”—Parte VI del “Canto”—, que dice en su parte final:

*“América, no de noche  
ni de luz están hechas las sílabas que canto.  
De tierra es la materia apoderada  
del fulgor y del pan de mi victoria,  
y no es sueño mi sueño sino tierra.”*

*Duermo rodeado de espaciosa arcilla  
y por mis manos corre cuando vivo  
un manantial de caudalosas tierras.  
Y no es vino el que bebo sino tierra,  
tierra escondida, tierra de mi boca,  
tierra de agricultura con rocío,  
vendaval de legumbres luminosas,  
estirpe cereal, bodega de oro”.*

Pero es obviamente Chile lo más caro al corazón del poeta y lo que más suscita su torrente poético. Pocos habrán dicho a su patria lo que Neruda expresa tan tierna y melancólicamente de su Chile austral. Su angosta geografía, su flora de espinos, araucarias y avellanos, sus arduos minerales, sus ardidos o helados litorales, la tierra toda de Chile se halla glorificada líricamente. Al igual que el pastor, el marino, el minero, el campesino, los hombres todos de su “patria sonora”, que desfilan por esta poesía fulgurante y candente en toda la grandiosidad humilde de sus destinos sencillos. Por el “Canto General de Chile” —Parte VII de la obra— contará siempre entre las más puras muestras de poesía altamente patriótica, aunque exenta de los vicios y defectos que por lo común aquejan a esta especie poética. Pues el patriotismo lírico de Neruda, si bien referido a Chile llega a empinadas cumbres emocionales y estéticas, es en realidad un patriotismo americano, relativo a América toda, que es su verdadera patria poética. Pero es, no obstante, a su Chile al que se dirige cuando dice:

*“Patria mía: quiero mudar de sombra.*

*Patria mía: quiero cambiar de rosa.*

*Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua  
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,  
a detener el trigo y mirarlo por dentro.*

*Voy a escoger la flora delgada del nitrato,  
voy a hilar el estambre glacial de la campana,  
y mirando tu ilustre y solitaria espuma  
un ramo litoral tejeré a tu belleza.*

*Patria, mi patria*

*toda rodeada de agua combatiente*

*y nieve combatida,*

*en tí se junta el águila al azufre,*

*y en tu antártica mano de armiño y de zafiro  
una gota de pura luz humana  
brilla encendiendo el enemigo cielo”.*

Mas esta predilección por su Chile vertebral no le impide a Neruda dar muestras de su afecto por otros países de América. Es así como México, Ecuador, Venezuela, Bolivia y Colombia, especialmente, tienen en el “Canto General” un alto sitio poético. De Colombia, por ejemplo —para entrar de lleno en el tema que ha motivado estas líneas—, dice cosas que ni aun sus mismos poetas han expresado tan emocionadamente. Y esto no es nada extraño cuando se sabe del cariño que Neruda siente por nuestro país, manifestado repetidamente por él. Muy de cerca tuvimos oportunidad de comprobarlo hace ya años, con motivo de la visita que hizo a Bogotá en 1943, cuando de sus labios oímos decir de Colombia nobles y hermosas palabras. Fue con ocasión del homenaje que los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional le tributaron. Neruda pronunció ese día un significativo discurso, en respuesta a nuestras palabras de ofrecimiento. Recordamos aún la uniforme y profunda entonación de su voz, como surgiendo bronca y trabajosamente de sus remotas grutas naturales. Y también el abrazo que por un momento nos mantuvo contra su pecho de gigante poético, de inconmensurable buzo lírico.

Por eso no es raro que Neruda haya consagrado a Colombia, a sus cosas y gentes, siete poemas a más de otros fragmentos poéticos de su “Canto General”. De ese modo nuestro país es —después de su Chile mineral— el país americano que más ocupa sus afanes líricos en esa obra. Así, ya “Amor América” —el poema inicial del libro— figura mencionada una “piedra chibcha”. Y en “Algunas bestias” alude a los días aurorales de nuestra tierra, antes del descubrimiento, cuando,

*“los monos trenzaban un hilo  
interminablemente erótico  
en las riberas de la aurora,  
derribando muros de polen  
y espantando el vuelo violeta  
de las mariposas de Muzo”.*

De este mismo milagro volador de Muzo —réplica aérea de la geológica esmeralda, y cantado también por Gabriela Mistral

en “Tala”— traza además Neruda esta poética y fugaz biografía:

*“Vuela la mariposa de Muzo en la tormenta:  
todos los hilos equinocciales,  
la parte helada de las esmeraldas,  
todo vuela en el rayo,  
se sacuden las últimas consecuencias del aire  
y entonces una lluvia de estambres verdes,  
el polen asustado de la esmeralda sube:  
sus grandes terciopelos de fragancia  
caen en las riberas azules del ciclón,  
se unen a las caídas levaduras terrestres,  
regresan a la patria de las hojas”.*

(“Vida y muerte de una mariposa”, VI-XIV-228).

Y al Tequendama, tan llevado y traído por poetas de toda especie, consagra esta ceñida estrofa recordatoria:

*“¿Tequendama, recuerdas  
tu solitario paso en las alturas  
sin testimonio, hilo  
de soledades, voluntad delgada,  
línea celeste, flecha de platino,  
recuerdas paso y paso  
abriendo muros de oro  
hasta caer del cielo en el teatro  
aterrador de la piedra vacía?”*

(“Tequendama”, I-II-21).

He aquí cómo evoca el laborioso trabajo de nuestros orfebres primitivos:

*“En la dulzura chibcha el oro  
sale de opacos oratorios  
lentamente hacia los guerreros,  
se convierte en rojos estambres,  
en corazones laminados,  
en fosforencia terrestre,  
en dentadura fabulosa”.*

(“Minerales”, I-V-27, 28).

Y en este mismo poema, más adelante, dice del destino del oro indígena, e interroga así a Colombia:

*“¿Cómo podías, Colombia oral  
saber que tus piedras descalzas  
ocultaban una tormenta  
de oro iracundo,  
cómo, patria  
de la esmeralda, ibas a ver  
que la alhaja de muerte y mar,  
el fulgor en su escalofrío,  
escalaría las gargantas  
de los dinastas invasores?”*

A Jiménez de Quesada y a sus naves descubridoras dedica este otro poema, con cierta entonación de romance, en el que primeramente anuncia la llegada del Conquistador e invita al Río Magdalena a que oponga todos sus ímpetus fluviales y el de sus criaturas al paso de los invasores:

*“Ya van, ya van, ya llegan  
corazón mío, mira las naves,  
las naves por el Magdalena,  
las naves de Gonzalo Jiménez;  
ya llegan, ya llegan las naves,  
deténlas ríos, cierra  
tus márgenes devoradoras,  
sumérgelos en tu latido,  
arrebátales la codicia,  
échales tu trompa de fuego,  
tus vertebrados sanguinarios,  
tus anguilas comedoras de ojos,  
atraviesa el caimán espeso  
con sus dientes color de légamo  
y su primordial armadura,  
extiéndelo como un puente  
sobre tus aguas arenosas,  
dispara el fuego del jaguar  
desde tus árboles, nacidos  
de tus semillas, río madre,  
arrójales moscas de sangre,*

ciégalos con estiércol negro,  
húndelos en tu hemisferio,  
sujétalos entre las raíces  
en la oscuridad de tu cama,  
y púdreles toda la sangre  
devorándoles los pulmones  
y los labios con tus cangrejos”.

Tras la inútil imprecación, el poeta no puede menos que agregar en seguida:

*“Ya entraron en la floresta:  
ya roban, ya muerden, ya matan.  
¡Oh Colombia! Defiende el velo  
de tu secreta selva roja”.*

Luego, el poema termina describiendo los crímenes y atropellos de los conquistadores:

*“Ya levantaron los cuchillos  
sobre el oratorio de Iraka,  
ahora agarran al zipa,  
ahora lo amarran. “Entrega  
las alhajas del dios antiguo”,  
las alhajas que florecían  
y brillaban con el rocío  
de la mañana de Colombia.  
Ahora atormentan al príncipe.  
Lo han degollado, su cabeza  
me mira con ojos que nadie  
puede cerrar, ojos amados  
de mi patria verde y desnuda.  
Ahora quemán la casa solemne  
“ahora siguen los caballos,  
los tormentos, las espadas,  
ahora quedan unas brasas  
y entre las cenizas los ojos  
del príncipe no se han cerrado”.*

(“Jiménez de Quesada”, III-XII-75, 76).

En "Comuneros del Socorro" revive los días y la breve historia de nuestra rebelión popular de 1781:

*"Fue Manuela Beltrán (cuando rompió los bandos del opresor, y gritó "Mueran los déspotas") la que los nuevos cereales desparramó por nuestra tierra. Fue en Nueva Granada, en la villa del Socorro. Los comuneros sacudieron el virreinato en un eclipse precursor. Se unieron contra los estancos, contra el manchado privilegio, y levantaron la cartilla de las peticiones forales. Se unieron con armas y piedras, milicia y mujeres, el pueblo, orden y furia, encaminados hacia Bogotá y su linaje. Entonces bajó el Arzobispo. "Tendréis todos los derechos, en nombre de Dios lo prometo". El pueblo se juntó en la plaza. Y el Arzobispo celebró una misa y un juramento. El era la paz justiciera. "Guardad las armas. Cada uno a vuestra casa", sentenció. Los comuneros entregaron las armas. En Bogotá festejaron al Arzobispo, celebraron su traición, su perjurio en la misa pérfida, y negaron pan y derecho. Fusilaron a los caudillos, repartieron entre los pueblos sus cabezas recién cortadas, con bendiciones del Prelado y bailes en el Virreinato. Primeras, pesadas semillas arrojadas a las regiones,*

*permanecéis, ciegas estatuas,  
incubando en la noche hostil  
la insurrección de las espigas”.*

(“Comuneros del Socorro”, IV-XVII-131, 132).

Finalmente, un episodio de nuestras recientes querellas políticas, le sirve para evocar la humilde y tronchada vida de un desconocido pescador —mártir de la violencia de esos días—, y para presentar esta plástica imagen de nuestra gran arteria fluvial:

*“El Río Magdalena anda como la luna,  
lento por el planeta de hojas verdes,  
un ave roja aúlla, zumba el sonido  
de viejas alas negras, las riberas  
tiñen el transcurrir de aguas y de aguas.  
Todo es el río, toda vida es río,  
y Antonino Bernales era río.  
Pescador, carpintero, boga, aguja  
de red, clavo para las tablas,  
martillo y canto, todo era Antonino  
mientras el Magdalena como la luna lenta  
arrastraba el caudal de las vidas del río.*

.....  
*Antonino Bernales ha caído  
asesinado en la venganza,  
cayó abriendo los brazos en el río,  
volvió a su río como al agua madre.  
El Magdalena lleva al mar su cuerpo  
y del mar a otros ríos, a otras aguas  
y a otros mares y a otros pequeños ríos  
girando alrededor de la tierra.*

*Otra vez  
entra en el Magdalena, son las márgenes  
que él ama, abre los brazos de agua roja,  
pasa entre sombras, entre luz espesa,  
y otra vez sigue su camino de agua.  
Antonino Bernales, nadie puede  
distinguirte en el cauce, yo sí, yo te recuerdo  
y oigo arrastrar tu nombre que no puede  
morir, y que envuelve la tierra,  
apenas nombre, entre los nombres, pueblo.*

Antonino Bernales pudo no existir. Pero en este poema de Neruda se convierte en un símbolo sencillito de tantas pobres vidas, bárbaramente sacrificadas durante el “decenio negro”. El poeta chileno se compenetra así con el dolor de Colombia, como si fuera uno de los nuestros. Pero eso está muy dentro de la línea de este gigantesco cantor de América, de esa expresión inmensa de “lirismo épico” que es el “Canto General”, donde sintetiza la gesta del hombre y del mundo americano desde los aurorales días primitivos hasta esta conmovida época de lucha incesante por los valores humanos y las reivindicaciones sociales.

Durante las inolvidables conferencias que en octubre de 1943 dictó Neruda en el Teatro Colón, dijo una frase que entonces recogimos en una crónica sobre la presencia del poeta en Bogotá. “Mi poesía —expresó— limita al norte con el pueblo y al sur con la soledad”. Creemos que esa es quizá la mejor definición de su trayectoria poética, pues toda su obra puede agruparse alrededor de esos polos radicales. La soledad es el sujeto —el poeta en sí—, con sus sentimientos capitales, de amor, dolor, angustia, gozo, fervor y melancolía. Allí caben obras como “Crepusculares”, “El hondero entusiasta”, “Veinte Poemas de Amor”, “Residencia en la Tierra”, “Los Versos del Capitán”, los tres libros de las “Odas Elementales”, y “Cien sonetos de amor”. En cambio, el pueblo es la lucha, el ideal, el romanticismo libertario, la generosidad combatiente, la defensa de los oprimidos y de los humildes. En ese otro punto cardinal de su poesía están “España en el Corazón”, el “Canto General”, “Las uvas y el viento”. Aunque, claro está, en uno y otro género de obras figuran poemas que podrían situarse en la contraria, como algunos de “Los Versos del Capitán” y de “Las uvas y el viento”.